Publicación interna del Departamento de Literatura

OCTUBRE 19 AL 25 2020

LA DISCRETA

Edición #10

El ocaso de las sustancias

Enviado por Andrés García Suárez

— ¿Por qué las prostitutas huelen a plástico?
— ¿Y por qué no lo harían?
— Porque yo las he visto y escupen en el pavimento después de la primera calada al cigarrillo, porque sé que sangran y lloran, y quiero creer que a veces se vienen cuando sus clientes saben lo que hacen, o que lo hacían cuando descubrieron el sexo antes del negocio, incluso que pueden hacerlo con sus parejas luego de retirarse de la labor, en su merecida jubilación.
— Entonces usted tiene la respuesta.
— Me da curiosidad saber si ellas lo clasifican a uno por el olor de su ropa. Si también se preguntarán por el olor de los cuchitos y los ñeros, de los taxistas y los maestros de obra…
— No sé, Ernesto, no sé… Si lo supiera te lo diría, pero no sé.

Hugo Echavarría entendió la referencia de inmediato. El meme, la entrevista de Diomedes Díaz… era una referencia bastante obvia, a decir verdad. Él también pasaba sus días viendo memes en Facebook y, en ocasiones, también se le escapaban estas frases icónicas extraídas a la fuerza de los recovecos del internet colombiano.

No había por qué juzgar a su amigo, Diego Urrego, que no era, ni pretendía ser, un conocedor a fondo de las prostitutas del centro y la calle raudal. Le parecían sórdidos los pasadizos de vallenato y guaracha estridente, donde las mujeres lo seseaban como un perro (eso decía él) y los lustrabotas sin dientes gritaban "mamasitas" con el par de frontales que les quedaban, emitiendo un ruido gutural que sonaba a la enunciación de la i y las as sin consonantes de por medio. Diego no era como el "Jhonda" o Chepe que tenían mayor recorrido por los agujeros antioqueños del placer y posiblemente le hubieran respondido a Hugo Echavarría sin sacar referencias de memes.

Lo peor de todo era que la pregunta de Hugo era legítima y tenía toda la razón de preguntar. Siempre después de tener un sexo afanoso y poco placentero por el reloj y el desagrado que sentía por parte de las mujeres, Hugo se subía el pantalón regañado, le pedía a la prostituta que al menos lo dejara eyacular y luego de la negación pretendía al menos rozar un culo o acordarse de la ubicación exacta de cada uno de los tatuajes de la cortesana, lo que sea que pudiera serle de utilidad para masturbarse con rabia apenas llegara a su casa, al menos en su cuarto podía venirse en paz. Y era en este momento, a veces antes, cuando Hugo sentía en sus manos un olor dulce de plástico que lo desconcertaba y fascinaba en proporciones paralelas. ¿De donde provenía ese olor? ¿Por qué todas las prostitutas con las que había estado olían igual? ¿Será de sus ropas plásticas, mallas y en una ocasión, atuendos de látex, de donde provenía la marca en el viento? ¿Vendrá de las cirugías plásticas, las extravagancias físicas y las alteraciones al cuerpo para evitar cualquier ápice de decadencia?

Hugo recordó una vez que muy emocionado penetraba por detrás una silueta pasajera, y ella le gritó casi con desesperación que no tan duro y sin nalgadas porque el culo era nuevo. Otro día la mujer llevaba un camino de piercings en los labios de su vagina que remataban como un peculiar árbol de navidad en un aro sobre el clítoris, Hugo ya había visto (y tenía cierta afición) por los aros en el clítoris pero jamás había visto una constelación de perlas metálicas en los labios exteriores de la vagina, que se atoraban en la malla enteriza azul de la muchacha, que le cobraba otros cincuenta mil pesos por quitarle la trusa, hacerle sexo oral o besarla en los labios, entre otras excentricidades. Incluso después de la faena ella comentaba con orgullo el arreglo de su sexo y dijo en palabras más que oportunas: "Es una galaxia en la cuca, se lo conté a una amiga y dijo que eso era una vagina espacial". Los cuerpos variaban pero el olor no, y a pesar de que en muy contadas ocasiones Hugo repetía la faena con la misma prostituta, y que sus hábitos como consumidor de sexo nunca fueran rutinarios o predecibles, y que alternara sin ningún patrón entre el centro y la calle raudal, ahí donde las gordas de Botero se cambian por volúmenes profanos, coqueteos mentirosos y el éxtasis en el peligro que bien la lotería de las calles de Medellín pudieran regalarle un atraco o un orgasmo, valor agregado que no le brindaba putear en el parque Lleras donde todo se resumía en ver gringos perreando a las cuatro de la mañana con putas que no les daban el nombre pero sí unos pases de tusi en las llaves de la casa y pagar ciento cincuenta mil pesos por el mismo sexo a medias y una enfermedad venérea por recibir el sexo oral sin condón, no, el parque Lleras no era para él y aún no entendía ni los factores ni las formas, solo el ineludible resultado, olía a plástico luego de estar con una puta.

Y Hugo, que perdió la virginidad y el pudor en los brazos de extrañas, que por ende no podía comparar el olor de estar con una mujer que lo quisiera, lo besara gratis y no lo dejara a medias en la entrega de cuerpo y alma que, descubrió, era el chiste del sexo, se sentía perdido nadando en una piscina de petróleo, sin conocer la salida ni ver la luz.

En la incertidumbre más absoluta, ahora sin Diego Urrego ni cualquier conocedor, o no, de las transacciones del placer, Hugo Echavarría se imaginó a sus treinta años por las sórdidas calles de una ciudad tailandesa, como los anti héroes de las novelas francesas que le comentaba el peruano García, solitario, más barrigón y ciertamente alopécico, mirando a un transexual al otro lado de la calle que le enseña con orgullo los pezones que acompañan sus tetas puestas y le indica con el índice que la siga al otro lado de un velo invisible, entre el vapor de los puestos de comida y esa excitación constante que siente desde la adolescencia antes de entregar su cuerpo a una mujer cualquiera, en algún lugar olvidado del mapa.

Y ahora él, sin haberla tocado, siente su propia mano.

Y la muy puta huele a plástico.

Respuesta incómoda

Enviado por Jhonny Jiménez

Danniela Güiza unas semanas atrás mandó una imagen sobre la propiedad del autor, claramente en masculino, de venirse en donde quiera, sobre quien quiera, como un machito precoz. Luego, su imposición de voluntad: “si le da la real gana”. Qué le va a importar al machito si su semen se desperdiga sobre la hoja o si nos cae a nosotrxs en La Discreta. Me parece que sería distinto si su paja le cayera en los zapatos. Yo creo, Danniela, que hay que preguntarse por qué Nicanor Parra, y otros autores endiosados como él, van considerando de su labor una paja sobre nosotrxs sus lectorxs.

Para completar todo su espectáculo de hombrerón, pone un cuerpo musculoso como proyección de su erección dura que se moja para su escritura ansiosa. Me dan risa sus brazos, Danniela. Parecen un bigotito. Me imagino que tu “Opinión húmeda” es más un gesto irónico sobre esa masculinidad en la creación que se quedó con la idea de que crear implica engendrar y que, por eso, nos hace un favor al darnos su jugo místico para que nos nazca un aplauso efusivo, un orgasmo fingido o una alabanza a lo que él se ha sacado, literalmente, de las huevas. Yo te digo que a mí me dan náuseas las masturbadas producciones de estos autores muy machos. Habría que considerar un arte que se cuestione desde el acto creativo mismo. ¿Qué tantos límites tiene unx como autorx? ¿En verdad la imaginación sin fin implica, entonces, una creación descuidada que se justifique solo en su voluntad de correrse en todo momento y sobre toda superficie?

Hay que dejar de alentar a los machitos para que sepan que sus músculos, bigotes y creaciones hedonistas poco nos interesan. Pajas nos las podemos hacer todxs, pero eso no implica una imposición violenta sobre el público. La imagen hace una pregunta que jamás considera al otrx. De hecho, ni siquiera busca respuesta. Solo se vuelca sobre sí mismo para darse el placer de ser un autor y poder escribir en virtud de sus deseos. Admito que sí ha sido provocadora tu imagen y es por esto que he escrito yo, esperando no hacerme una paja pública. Habría que cuestionar el deseo también, tanto en el que se justifica la creación del machito como la mía aquí. ¿Por qué él quiere hacer de su creación un acto expansivo y sexual, “a diestra y siniestra”? ¿Por qué quiere invadir más allá de su propio espacio, colonizarnos? ¿Por qué yo responderte y preguntarte? Claro, el autor puede hacer con su cuerpo cuantos placeres quiera, pero que no espere del resto una disposición sumisa.

Cierro con la aclaración de que mi respuesta, Danniela, no apunta a una censura creativa o a una corrección política. Creo, más bien, que las producciones de autores que solo se “pajean” poco tienen de interesantes, seductoras o fructíferas. Para obras así ya tenemos bastante literatura. Pensemos, propongo, en las posibilidades de escribir con todo el cuerpo y no solo con el falo.

Esta tusa del campus es la peor de todas:

¿Quieres estar en La Discreta? Ten en cuenta lo siguiente:

I. La publicación digital La Discreta circula semanalmente durante el semestre académico entre miembros del Departamento de Literatura.
II. Cualquier miembro de la comunidad puede enviar material a ladiscreta@uniandes.edu.co y será publicado, a menos que atente contra la integridad de alguien más.
III. La Discreta es un espacio informal que recibe material creativo y crítico para establecer un diálogo horizontal y literario entre las personas del Departamento, con posibilidad de respuesta.
IV. La publicación es gratuita y sin financiación.
V. La Discreta funciona como medio de difusión, por lo tanto no se responsabiliza directamente por las creaciones de los autores. El o la autora se hará responsable de su contenido y forma.
VI. Todo contenido debe llevar el nombre del o la autora y no puede llevar seudónimo.